

SERMON PREDICADO EN MORELIA

EL 31 DE OCTUBRE DE 1842

POR

Fray Manuel de San Juan Crisóstomo, carmelita

(EN EL SIGLO D. MANUEL NAJERA)

CON MOTIVO

DE LA RENOVACION DEL CONVENTO DEL CARMEN

*Domine dilexi decorum domus tue, et  
locum habitacionis glorie tue.*

Señor, yo he amado el decoro de tu  
casa y el lugar donde reside tu gloria.

*Psalm. 26, v. 8.*

La majestad con que la religion se nos presenta, no puede ser destello de otro trono, que del que baña de gloria el Dios de la luz; su grandeza no tiene otro origen que Adonay, el Señor, aquel Señor que habla á la nada y á quien ella responde obediente; y sus victorias no pueden ser sino trofeos del omnipotente, que se burlará del poder coligado de los reyes y se mofará de las altas potencias confederadas contra el Señor y su Cristo. ¡Oh! y ¡cuán brillante, cuán resplandeciente, cuán excelsa te

ostentas en tus triunfos, ¡oh religion! hija del cielo, embajadora de Jehovah en la tierra, á donde descendiste para conservar el imperio y la gloria del eterno, en un mundo cuyo vice soberano se rebeló contra el mismo que le habia dado la existencia!

Seis mil años de lucha contra las pasiones y de combates con los errores de los hijos del primer prevaricador, no han servido sino para que despliegues mas y mas tu poder, desarrolles mas y mas tu verdad, y extiendas, en un mundo que representaba el caos de tinieblas que cubrian el abismo, que fué iluminado por el que dijo: "Hágase la luz," y la luz fué hecha; tu imperio, ese imperio que nace en la voluntad del soberano por naturaleza, cuyos medios son, la verdad que ilustra el entendimiento y la virtud que fortifica el corazon, y cuyo objeto es la felicidad, la única felicidad, que no puede consistir sino en la perfeccion del sér, perfeccion que en vano buscará el hombre, sino en las manos que lo formaron en el Eden.

¿Dónde está, señores, la idolatria, tan poderosa y extendida, en un mundo que parecia ser su legitimo y, en consecuencia, eterno patrimonio? No busquemos, si se quiere, la primera, la mas antigua idolatria (1) que por ser menos sensual no dejaba de ser una degradacion del hombre, y una afrenta al que lo erió; dejemos, pues, en el olvido que de ella hay, aquella idolatria de los astros, y veamos si aun el Líbano y el Casio, el Ante-líbano y el Bracio, nos presentan recuerdos de aquella intrincada y corrompida familia que con dioses imaginarios forjaron los fenicios, que si fueron los primeros en inventos, no quisieron ser menos en idolatrias (2). ¿Quién ha precipitado á los infiernos á Moloc, el Moloc henchido en la sangre de los niños y empapado en las lágrimas de las madres? ¿Y Camos, tropiezo de Moal, mónstruos ante los que Israel, sí, el ingrato Israel dobló el insensato la rodilla, en qué lugar remoto y escondido de la tierra han

(1) Dídoro, lib. I.

(2) Eusebio preparat. Evang., lib. I, cap. X, 4 Reg. cap. XXIII, 13.



hecho pié en su precipitada fuga? ¿Y qué pasajero ha vuelto á oír las odas con que las jóvenes de Sidon, celebraban á la pretendida reina de los cielos Astoret, ó las lamentaciones elegiacas con que las muchachas, flor y belleza de la Siria, lloraban el triste caso de Adonis? ¿Y Baal, ese brutal ídolo con el que disputó Luzbel al Santo de los Santos, la adoracion que le es debida exclusivamente; y Dagon, mónstruo medio hombre y medio pescado; y Osiris, Isis y Osus ante los que el Egipto se postaba temblando, dónde están? ¿quién los llamó? ¿quién se digna ni aun volver la vista á sus derrocados altares (1)? Y, señores, ¿fué mas feliz la poética mitología de la Grecia, madre fecunda de la elocuencia, maestra y discipula de las sectas tan diversas y aun opuestas entre sí de la filosofía, y forjadora ingeniosa de la fábula? Y los templos de Lacio, ¿á quién están ahora consagrados? ¿aun se veneran en ellos los dioses á quienes Roma concedió el derecho de hospitalidad, y cuyos infames excesos ponía en claro un Plauto, cuyas ridiculas mutaciones fueron la diversion de un Ovidio, cuyos recuerdos esquivaron de todo culto á un Horacio, elevaron al ateísmo á un Lucrecio y precisaron á un Ciceron á que se desentendiera de los dioses que adoraba, cuando escuchando la voz de la naturaleza y de la razon, se complacia en contemplar los atributos de la divinidad? No, nada de esto existe, señores: el mundo pagano ha ido desalojando la parte mas florida del universo, y cada dia se replega mas y mas, repelido por la fuerza divina de la Cruz: en la India, no se tiene por segura la idolatría en sus altares de oro, ni espera durar muchos años en el Ganges, y la religion de Fo-hi ha derramado últimamente mucha sangre en el Tong-king y Cochinchina (2), por el consuelo de probar que aun tiene el imperio de la fuerza donde se le nie-

(1) Eusebio, preparat. lib. II, cap. I.

(2) El sacramento de la canonizacion precedida de la alocucion de S. S. en el Consistorio de 27 de Abril de 1840, y de la relacion del martirio del misionero Sr. Jacard, p. 9.

ga el de la razon, al paso que ya cansado de su misma crueldad deja respirar á los cristianos en Pekin (1). Victorias son estas de la religion cristiana; y ¿qué es lo que actualmente nos reúne en el recinto de este templo? ¿cuál es la festividad que con tanto júbilo venimos á celebrar? Que, ¿tributarémos los honores divinos á los dioses que apenas hace tres siglos eran adorados en nuestro suelo? ¿Dónde está la piedra del sacrificio? ¿Seré interrumpido por los ayes de las víctimas, ó los clamores de los ministros de la muerte, que con la grita y algazara trataran de sofocar los lastimeros quejidos arrancados á los desdichados por el cuchillo de pedernal que haya de abrir sus pechos? ¿Dónde está el ídolo á cuyos labios se aplicara el corazon palpitante de los malogrados y atormentados mancebos? ¿Habremos venido á gustar la sangre caliente de esa ardiente juventud sacrificada al enemigo de nuestra raza? Pero ¿qué cosas digo.....? ¿á dónde estoy? ¿qué espíritu me arrebató de la escena que me rodea y me trasporta á épocas, á sucesos que ya no existen? Venciste, religion santa, venciste tú en ella, rey de los cielos, á esos dioses crueles que fueron los verdugos de aquella raza de Sem (2), que á las idolatrías que en su larga peregrinacion desde el septentrional Aztlan venian recogiendo, agregaron la sacrilega abominacion de divinizar á Huitizon, caudillo que las sacó de las siete cavernas y las condujo hasta el lago de Pátzcuaro (3); venciste, sí, Hijo de David, y tu victoria fué nuestra libertad, y por ello venimos hoy á darte la gloria, bendiciéndote y adorándote con la confesion de tu santo nombre y nuestra humillacion ante la cruz.

Si estos son los sentimientos que animan al auditorio

(1) Carta de un misionero de China de que habla el *Noticioso de Ambos Mundos*, citado por *El Siglo XIX* en Octubre próximo pasado.

(2) Los sacrificios de los tarascos se ofrecian en el gran templo de Zacapu, y esos sacrificios eran de víctimas humanas, aunque en mucho menor número que las de los mexicanos. Crónica de Michoacan por Fr. Pablo Benumont. Manuscrito en la librería del Seminario de Morelia.

(3) Veitia, historia antigua de México, cap. XIII.



que tanto me honra escuchándome, ¿cuáles no serán los que rebullen en mi pecho hácia la Providencia del Señor que se dignó permitir que fuese yo el intérprete de sus designios para con su pueblo, y el de éste para con el Dios á quien protesta hoy solemnemente confesar por su Señor y Criador, á quien reconoce por su reparador, y en quien espera tener su glorificador? ¡Cuán dichoso es el día de hoy para mí! ¡Cuán hermosa la luz que me alumbrá, los objetos que me rodean! Desde estos lugares hace años como que me llamaba una voz agradable, convidándome á venir para contemplar la hermosura y riqueza de la creación y para gozar de la triple armonía que forman las aves que pueblan vuestros campos, la antigua lengua tan sonora para el oído, como es agradable á la imaginación que ve agolparse objetos de cuyas relaciones ni sospechaba antes; y la habla castellana, que sin perder nada de la gravedad que en su majestuoso curso le ha comunicado el Tajo, suena tan suave en vuestros labios, á la manera que toda era musical, la de Heleno, en las bocas de los Atenienses. Mi corazón palpitaba al recorrer alguna vez vuestras campiñas, con los recuerdos de aquella nación belicosa, que jamás se rebeló ante soberano alguno de los que se dividían el país de nuestros abuelos, y ese corazón todo mexicano, latía, en las mismas ocasiones, figurándome oír aquella voz de independencia que en esta ciudad sonó por primera vez, y con la velocidad del rayo se comunicó á esta parte del septentrion, y cuyo eco aun retumba en nuestros bosques. Y tus oradores, ciudad ilustre, patria de tantos varones memorables, y el coro de dulcísimos poetas que para honor de nuestra patria, con tus aguas han bebido el estro que los inspiró, y los génius á quienes la arquitectura immortalizó, la escultura distinguió y la pintura dió un colorido tan franco y animado, como lo es toda la naturaleza que te rodea y que á tí pertenecen, por ser la reina, digamos así, de todas las poblaciones que nacen ufanas, de tantos huertos, tantos sembrados, tantas florestas y tantas aguas que las

bañan en aquellas vegas, y estas montañas que jamás se cansan de contemplar tanta hermosura: tus sábios, pues, en tanto número y en tan diversas materias, como á tus pechos has criado; ¿cómo no excitarían mi curiosidad para venire á conocer?

¡Gran Dios! Yo te bendigo humillado cuando me encuentro en medio de esta ciudad, atraído por un objeto mas noble y mas grato aun á mi corazón, pues no solo he venido á ser testigo de la piedad de tu pueblo, sino que he tenido la dicha de hablarte, aunque polvo y ceniza, á su nombre, y en tales circunstancias, no puedo explicar mis sentimientos de un modo mas propio, á mi doble posición, que repitiendo, por mí en Morelia, y á nombre de Morelia, de tu santo templo, las palabras que tu siervo David te dirigia: *Domine dilexi, etc.*

Y á la verdad, ¿podria yo, señores, con otras explicar mejor el motivo y objeto de esta festividad, reconocer la santidad de los dones que al cielo presentais, y congratularme con vosotros por la misericordia con que el Señor se ha dignado aceptarlos, ni invocar al Dios de nuestros padres para que bendiga la obra que consagrais á su culto para glorificarlo, que tomando del cantor de Israel las tiernas expresiones con que decia al Señor que su felicidad seria el poder vivir en su santa casa, aun cuando allí lo pasara humillado y abatido, y pudiese estar ensalzado en las ricas mansiones de los poderosos de la tierra, por lo que le placia el solicitar el decoro del templo, donde Dios, en el arca santa daba á conocer su gloria? *Domine dilexi decorem domus tuae.* Señor, yo amé el decoro de tu casa y el lugar donde habita tu gloria.

¡El lugar donde habita su gloria! ¿No son su trono los cielos? ¿La tierra no es el escalón de sus piés? ¿Y esos mismos cielos no son insuficientes para abarcar toda su grandeza? El Dios de la naturaleza es el mismo de la revelación, y si su poder es anunciado por todas las criaturas, su santidad y su verdad nunca son tan conocidas, ni su gloria exaltada como en medio de un santo templo;



por lo que, erigir casas y altares á su culto y decorarlos de una manera digna de la majestad del santuario, es glorificar su augusto nombre. El gran rey que me ha suministrado las palabras de mi texto, me ha enseñado esta verdad que yo vengo á tomar por asunto de mi oración, cuando convidaba á Israel á que sacrificase en el templo del Señor por dar en ello gloria á su nombre divino, gloria que era la voz que salía de la casa del Santo de Jerusalem; y si David, inspirado por el Dios de la sabiduría nos ha dado esta doctrina que voy á promover, él será el guía que yo seguiré el día de hoy, siempre que tú, templo vivo de la trinidad, arca de la alianza, trono de la augusta trinidad, madre de tu Dios, me obtengas el espíritu que iluminó al profeta de donde tú vienes, la inteligencia y afectos que comunica la gracia.—**AVE MARIA.**

A ti solo, Rey inmortal de los siglos, Dios invisible con el Padre y el Espíritu Santo, se debe el honor y la gloria. ¿Quién es el hijo del hombre para que pueda glorificar, y glorificando honrar, y honrando encumbrar, y encumbrando engrandecer al que habita en las alturas, que dijo y todo fué hecho, y que es el Señor á quien pertenece el imperio, la victoria y la grandeza? “El que existe, este es mi nombre, y no daré á otro mi gloria, ni á los ídolos mi alabanza,” decía el mismo Dios á su pueblo por el ministerio de Isaias, despues de poner en claro las pruebas de su divinidad, recordando lo que por Israel habia hecho, y anunciándole su suerte futura que sería la ejecución de sus designios y el cumplimiento de

sus promesas. Dios, pues, tiene una gloria tan esencial y tan necesaria á su ser, como lo es el ser y existir por sí mismo y la soberana inteligencia. ¿Cómo, pues, podremos decir que el hombre lo glorifica? ¿recibirá el Excelso prerogativa alguna de las manos miserables del mortal?

“Tú eres mi Dios, puesto que no necesitas de mis bienes.” Porque, ¿qué criatura hay en la naturaleza que no tenga cierta dependencia del hombre con el hombre? Si es inferior al ángel, está animado de una alma que por estar unida á la materia, no deja de ser de una naturaleza inmaterial, cual los espíritus que asisten en el sólio inmenso; y si las otras criaturas son á él inferiores, unas existen como el hombre, otras existen y viven como el hombre, y otras existen, viven y sienten como ese hombre: éstas están sujetas á su imperio, aquellas lo están á su inteligencia, y todas fueron hechas para su servicio: solo Dios queda tan sublime, tan elevado respecto del hombre, que todo lo que éste tiene, de allá lo recibe, sin que la Divinidad en nada se le parezca y asemeje, pues el hombre es el que lleva en sí el retrato de la Divinidad, en la virtud de entender, en el verbo ó palabra por donde entiende, y en el amor que tiene á su pensamiento; y fué tambien semejante al Señor en los augustos atributos, tales como el poder, la bondad y justicia que le fueron comunicados en el paraíso; el hombre es, pues, la imagen de la Trinidad y la semejanza de la Deidad. ¿Y necesitaria Dios del honor que le deben sus criaturas? No, ciertamente; mas ellas sí necesitan de honrar al Señor, pues cuanto mas dulcemente lo glorificamos, tanto es mayor nuestra utilidad, puesto que á medida de la gloria que al Señor damos, nos hacemos mas dignos de sus beneficios y tanto mejor cumplimos con nuestro deber. Oid, cristianos, cómo explica San Pablo lo que es glorificar al Señor, para probar que el Evangelio es la virtud de Dios para salvar á todos los que en él creen. Recuerda á los ciudadanos de Roma, aquella Roma, centro enton-



ces del poder, emporio de la filosofía y trono de la idolatría, la conducta indisculpable de los que jactándose de sabios, vinieron en conocimiento de Dios, y no lo glorificaron como á Dios; y para que no quedase en la oscuridad qué cosa era glorificar á Dios, se explica asimismo el grande apóstol, advirtiendo que glorificar al Señor es darle gracias, confesando los beneficios que de él se han recibido, alabando su bondad: *Quia cum cognovissent Deum, non sicut Deum glorificaverunt aut gratias egerunt*, lo que ciertamente es tan sabio como divino comentario á las palabras del Señor: "El que me ofrece sacrificio de alabanza, ese me glorifica y es el camino por el cual manifestaré al hombre la salvación." Y así, despues de que el Espíritu Santo mismo se ha dignado explicarse, parece por demás la voz del hombre; no obstante, os recordaré una sentencia de San Agustín, no para aumentar la luz de una doctrina tan dilucidada por el mismo Dios, que repetía lo que á David había enseñado por la pluma de Pablo, sino para ya compendiar las importantes verdades que he tratado de explicarlos. ¿De qué manera, pues, glorificamos al Señor? *Gloriosum dicendo non faciendo*; esto es, confesándolo digno de toda gloria, dando á conocer con alabanza su santo nombre, y dándole la adoración exclusivamente debida á la Divinidad. Decid ahora, señores, si el erigir templos y altares al Dios de los cielos, dar á los erigidos el decoro, esto es la hermosura del aspecto, la propiedad, y en una palabra, la magnificencia que corresponde á tan sublime destino, ¿no será glorificar á Dios?

No es lícito al que tiene la dicha de admitir la ley y creer á los profetas, ni aun dudar de que el Señor se complace de ser adorado en las casas á su culto consagradas. Si los templos no comenzaron con el género humano fué porque la condicion de la primera familia no lo consentía; pero con el hombre comenzó la religion, y con la religion el culto externo; expresion, consecuencia necesaria y complemento del interno, y con ese culto, los sacrifi-

cios, para los sacrificios los altares, y con los altares la consagracion de ciertos lugares al soberano árbitro del universo. ¿Quién de vosotros, señores, no recuerda la primera víctima sacrificada á una de las mas brutales pasiones, el inocente Abel, asesinado porque sus ofrendas eran gratas al Criador? Y advertid que Moysés nada nos dice del culto que Adán tributaba al Ser Eterno, y que si nos habla de los sacrificios de Abel, fué solo porque dieron ocasion á la primera catástrofe que despues de la desobediencia de los primeros hombres, horrorizó á la naturaleza. Tan conexas con el hombre, tan necesaria le era una religion con un culto que correspondiese á la doble obligacion de aquel sér, como compuesta de una alma inmortal y un cuerpo, intérprete ó instrumento de ella, que el inspirado escritor del Pentateuco solo enarra la creacion de nuestro comun padre, refiere las relaciones entabladas entre el cielo y la tierra, y deja á los que en esa obra divina hayan de ser enseñados, el que deduzcan la verdad que emana naturalmente de estos dos hechos: religion con un culto interno y externo.

Si seguimos la marcha del género humano, nos encontraremos aquí y allí con los monumentos de piedad, que levantaba la raza de los hijos de Dios para avisar la santidad de aquellos lugares, y que serviesen de testimonio de su gratitud, dando á conocer á los pasajeros, como Jacob decía despues de la vision maravillosa, que allí había estado para él abierta la puerta del cielo, y que donde durmió se había encontrado con que era la casa de Dios; y va entonces los hombres justos que en toda ocasion alababan al Señor, buscaron el retiro y separacion del comercio humano, para ir á cumplir con sus deberes religiosos. Los bosques y las montañas fueron los templos en que los hombres, cazadores, labradores y pastores adoraban especialmente al que habita en las alturas y habla al hombre en la soledad. Así vemos que Abraham sube al monte para inmolarse la víctima, símbolo de la del Calvario, y Moysés pide á Faraon deje salir



de su imperio opresivo á Israel, para que á su Dios sacrifique en el desierto; cuando la idolatría profana toda la tierra, ya no quiere el Señor que sus creyentes conserven la misma costumbre, y para poner un muro de bronce entre su culto y el de los ídolos, protesta que le son odiosas las cumbres de los montes y maldice á los que busquen los pabellones de los árboles para sacrificar bajo de su sombra. El elige el lugar donde será agradable á Jehová la solemnidad del culto público, y ese lugar es el tabernáculo. No, no deja que el caudillo lo forme á su gusto, sino que el mismo Señor le presenta el diseño en la montaña: ese templo pequeño y portátil no duraría sin ser colocado en un lugar que el mismo Dios llama "Santo" sino el tiempo de las peregrinaciones de las tribus, y estaba destinado á ser reemplazado por el gran templo de Jerusalem.

¿En quién de vosotros no enlaza esta memoria la de los nombres de un David y de un Salomon? Sea para vuestro bien, monarcas augustos, el que tan unidas estén vuestras glorias con el recuerdo de la protesta mas célebre que las criaturas han hecho de su religion, como quien dice, de su creencia, de su amor y de su obediencia al que les dió el sér, la existencia y cuanto bien les ha sido concedido. Sean enhorabuena tenidos el rey conforme al corazón de Dios, y el pacífico hijo de ese guerrero á quien ningun príncipe igualó en magnificencia y sabiduría, el uno por autor y el otro por edificador del templo mayor del universo, del primero consagrado al Dios de la verdad, del único que en la antigüedad simbolizaba á la Iglesia, templo vivo y querido del Hijo de Jehová. Pero ¡ah! David y Salomon no fueron sino instrumentos de aquella soberana voluntad que obedecen los serafines y ejecutores de los designios del Dios que los eligió para pastores de Israel. Bien has hecho al pensar en edificar-me una casa, dijo el mismo Señor al gran Rey, á quien le impide la realizacion de la idea, porque no quiere el Dios de paz, que tenga la dicha de llevar á cabo un tan pia-

doso pensamiento, el guerrero que, aunque en batallas de Dios, como las llama la Santa Escritura, habia mojado sus manos en la sangre de los hombres. Mas si David no realiza unos deseos que Natan le advierte fueron inspirados por el Señor, él recibe el galardón concedido solo á una obra de justicia y santidad. Desde entonces ve á sus enemigos encadenados á sus piés, la paz le hace gustar sus delicias, Israel crece en riquezas y prosperidades, y tiene el consuelo de oír que seria padre de un príncipe á quien está reservada esa ventura, y de cuya raza no faltaria la corona que seria eterna en las sienas del rey de los siglos y de la eternidad, del que Salomon seria el padre y la figura.

Sube, en efecto, al trono ese jóven para colmar las esperanzas de Israel y llenar el vaticinio. "El excelso, dijo á David mi padre: El hijo tuyo, que te daré para que te suceda en el sòlo, edificará la casa consagrada á mi santo nombre." Estas son las precisas palabras de Salomon al rey de Tiro, su vecino Hirán. Llegó el gran dia en que se realizan los votos de David y de Salomon, y ¿qué dia de mas gloria para la tierra? Los cielos se rasgan, un fuego que nada tiene de pavoroso, se precipita, devora las víctimas y los holocaustos, una nube blanca y lucida desciende y cubre el templo. Israel, testigo del prodigio, se postra involuntariamente y prorrumpe en exclamaciones: "¿Cuán bueno eres, Sér Eterno, tus misericordias no tienen fin!" Así será, pero agregad, tampoco lo tendrá tu gloria, pues será eterna como tu conocimiento y alabanza por la bondad con que te das á conocer á los que invocan tu nombre angusto en medio de tu santa casa. ¿Puede obrar el Señor con otro fin que el ensalzamiento y gloria de su nombre?

Mas permitid, señores, que antes de que os arranque yo, por decirlo así, de aquel delicioso recinto, ofrezca á vuestra reflexion, y ponga ante vuestros ojos la magnificencia de aquel suntuoso edificio que fué la admiracion del Oriente. Mármoles, cedros del Libano, oro pu-



risimo y acendrado, bronce, jacintos, púrpura, todos los primores del cincel y del buril, toda la belleza del recamo, cuanta habilidad hacia famosos á los artistas de la antigua Fenicia, cuanta valentia pudiera darse en aquella grandiosa y melancólica arquitectura, tan solemne como el objeto en que se empleaba; todo esto, y aun mas que esto se gastó en el templo de Salomon. ¡Mas qué mucho! La obra que yo emprendo es muy grande, pues se prepara la habitacion, no para el hombre, sino para Dios, decia David, y á Salomon todo le parecia de menos valer cuando contemplaba la magnificencia del Señor. David no se consuela sino con los tesoros que habia reservado con aquel fin; dones eran de lo mucho que Dios nos da, y Salomon protesta que él nada va á dar al Señor, sino á preparar la casa y el altar, donde se sacrifique á la Divinidad. ¡Qué fuerza de razon! ¡Qué profundos sentimientos de piedad! ¡Qué conviccion de la necesidad que nos impone la religion de levantar templos al Criador y decorarlos con cuanto hay de mas grande en el universo! Señores, contempladlo, y en vez de envaneceros por vuestros dones, protestad á vuestro Dios, con David, que reconocéis que toda esta abundancia de cosas destinadas á la casa santa, de su mano han venido y tuyas son todas ellas. Y tuya sea, Señor, sola y exclusivamente tuya la gloria, que no quieren para sí, sino para tí tus inútiles siervos. Llena, Señor, con esta gloria el dia de hoy ésta tu santa casa, como llenaste la que edificó Salomon.

*Compleverat gloria Domini domum Dei.* ¡Con que lleno la gloria del Señor el templo de Jerusalem! Luego la divinidad cubrió con su gloria la riqueza del santuario y la hermosura de los paramentos de los levitas, se manifestó con aplacido con los himnos de alabanza que entonaban voces a maestradas en tal ejercicio, que armonizaban con los instrumentos que hacian mas patéticos los cánticos de Jerusalem. ¿Y cuál es esa gloria de Dios? La majestad del Señor de los cielos y de la tierra. ¿Y

cuál es esa majestad? Su poder, que daba á conocer de una manera visible su augusta soberanía sobre todo lo creado.

Mas si suyos son los cielos y la tierra, ¿á qué el consagrarle templos y erigirle altares? ¿á qué el ornato y decoro de las casas destinadas á su culto? Precisamente por ese señorío; y el conocerlo es de mucha importancia y dará gran luz á nuestros entendimientos. ¿Qué cosa, pues, entendemos por ese señorío? El señorío es el derecho que se tiene en la cosa, ¿y qué es ese derecho que se tiene en la cosa? La facultad de gozar y disponer á nuestro arbitrio de lo que nos pertenece. ¿Y de dónde emana esa facultad de la ley de la naturaleza, y cuál es esa ley? La voluntad de nuestro Criador. Con que el dominio del hombre no es sino una participacion del poder absoluto del supremo legislador. No reconocer, pues, ese supremo dominio en el Criador, es negarlo al hombre, es destruir la fuente de toda propiedad, es sacudir la sociedad en sus cimientos y desconocer la existencia de un Sér, causa de todos los seres, por quien viven todos los vivientes, se mueven las criaturas locomotrices y existe cuanto tiene existencia. ¿Y no será una inconsecuencia el reconocer ese dominio en el que todo lo hizo y desconocerlo por no protestarlo exteriormente? No sería un absurdo un reconocimiento que no se hace conocer? ¿Y cómo lo daremos á conocer sino consagrándole alguna de sus criaturas en testimonio de nuestro reconocimiento? Porque dió al hombre el imperio del universo, para lo que lo formó á su semejanza, y por lo que le dijo, *crescite et multiplicamini, et replete terram*, tenéis la fecundidad que os comunico en estas palabras, para que os aumenteis y multipliqueis y llenéis la tierra, *et subijcite eam*, y de ella podais enseñorearos, ¿por esa razon el imperio de Dios sería desterrado de la tierra? ¿El Señor de todo será incapaz de tener un dominio particular, exclusivo y absoluto, en algunos de todos los dones que él hizo al hombre y el hombre de lo suyo le presenta? ¿Dios por